

EL PROCESO DEL SENTIMIENTO

Susan Langer

Entre todos los problemas de que se ocupan los psicólogos, el que parece más arduo es el concerniente al sentimiento que tenemos de nuestra propia actividad y de los contactos del mundo que nos rodea. El carácter metafísico de términos como "sentimientos", "contenido de la conciencia", "subjetividad", o en general de los aspectos probados de la experiencia, han constituido para los filósofos un **pons asinorum** desde que Descartes consideró la **res extensa** y la **res cogitans** sustancias irreductibles e incommensurables. Los estudiosos de las ciencias físicas no han tenido que enfrentar este problema, porque todo su interés radica en los fenómenos físicos de **res extensa**; en cambio, el psicólogo se preocupa, en realidad, por los fenómenos mentales, tradicionalmente adscritos a un "orden" no físico -mente, conciencia, experiencia, etc.-: una especie de **res cogitans**.

No hay ninguna razón a priori para creer que los fenómenos mentales constituyan un orden sistemático único, o que la **res extensa** sea en esencia **non cogitans**. Las propiedades físicas no son incompatibles con la sensibilidad y la emotividad. Pero la antítesis de mente y cuerpo, espíritu activo y materia pasiva, es un supuesto tan venerable, tan honda e intrincadamente arraigado en la religión y la primitiva filosofía, que dada su prolongada familiaridad parece casi ineludible para no pocos filósofos, y para la casi totalidad de las personas, es un dictamen del sentido común. Carl Stumpf declaró que era sencillamente un hecho natural que ningún filósofo podía sosla-

S.L. Langer (1971). **Esquemas filosóficos**. Buenos Aires. Ed. Mora (1962).

yar: "A este respecto -dijo-, ni Spinoza ni ninguno de los pensadores posteriores a él han trascendido verdaderamente el dualismo de Descartes. La verdad es que los hechos que presenciamos muestran este doble aspecto desde el comienzo mismo (*schon in der Wurzel*), y que ... esta dualidad no se puede eludir" (1). Otros sicólogos se han esforzado empeñosamente por dilucidar el "problema mente-cuerpo" y han considerado la mente como un "epifenómeno" producido por cambios físicos accesibles a la ciencia, pero que caen de suyo fuera del ámbito físico y, por lo tanto, no son en sí mismos objeto de investigación científica. Todavía otros, desde Münsterberg (2), a comienzos de este siglo, hasta Szasz, en 1957 (3), han atribuido la dificultad a un dualismo semántico: la existencia de un vocabulario físico y de un vocabulario psicológico, antitéticos pero igualmente válidos, que suscitan respectivamente una versión física y una interpretación síquica de la experiencia. Cuál elige cada uno para valerse de él, es cuestión de conveniencia, pero no podemos fluctuar entre uno y otro sin suscitar el embarazoso problema de cerebro-mente. Hoy, la posición más respetable es, naturalmente, la del conductismo: rechazo sistemático a aceptar como dato psicológico todo lo que no sea claramente conducta o a considerar ésta como una indicación de algo que el sujeto siente. Algunos conductistas se han atrevido a negar la existencia de la experiencia interior; otros se limitan a proscribirla de su ciencia y relegan el problema de ella a la metafísica, entendiendo erróneamente por tal un determinado género de fantástica historia natural inferida de los postulados de la ética y de la religión tradicionales. Se sienten corroborados en esa posición por algunos filósofos eminentes, como Santayana, quien escribió: "La metafísica, en el verdadero sentido de la palabra, es física dialéctica o, lo que es lo mismo, un intento de determinar la realidad por medio de interpretaciones lógicas, morales o retóricas" (4).

En nuestros días, el conductismo desempeña un papel tan preponderante en el ámbito de la psicología y la sociología, y en otros campos afines del conocimiento, que a todos ellos se los denomina comúnmente "ciencias de la conducta". Sin embargo, la denominación no es meramente descriptiva: expresa una metodología y, además, el reconoci-

miento del nexo de la metafísica con dichas ciencias, ya que no de la metafísica en sí. La opinión común de los especialistas en ciencias sociales, sobre todo en Estados Unidos, es que un problema metafísico como el de la existencia de algo llamado "sentimiento", "conciencia" o "experiencia subjetiva", cae fuera del ámbito de la descripción fáctica que constituye el dominio específico de la ciencia, razón por la cual bien puede alguien sustentar una opinión filosófica cualquiera sin que ello influya lo más mínimo sobre sus investigaciones y descubrimientos científicos.

A mí esta opinión me parece errónea. Las ciencias han nacido realmente de la filosofía. No surgen de la mera observación controlada una vez que se ha desterrado la filosofía, como si fuera un estorbo, para permitir que ellas crezcan. Han nacido de condiciones muy especiales: cuando sus conceptos fundamentales alcanzan el grado de abstracción y precisión que las adecua a las exigencias de un pensamiento exacto, vigoroso, microscópicamente analítico. La filosofía es la exploración lógica de los conceptos y la formulación de ellos. Por lo tanto, es un acontecimiento filosófico el que engendra una ciencia joven y estimulante, y a veces también errónea: la elaboración de un nuevo concepto de la realidad en aplicación de un nuevo principio abstracto y dentro de una nueva perspectiva intelectual. La teoría de Newton acerca de la gravedad como propiedad de la materia, fue un concepto de esa índole. Lo fue también el de la evolución, que la obra de Darwin, **Sobre el origen de las especies**, difundió por el mundo —aunque no fue el naturalista inglés su único progenitor—, transformando totalmente el estudio de la historia natural y elevándolo de la pura taxonomía a ciencia biológica. Pero la mayor de las intuiciones filosóficas, la primera idea creadora que engendró absolutamente toda ciencia, se sitúa hacia los comienzos de nuestra cultura intelectual: fue el concepto de la transformación de la materia, que aparece por primera vez en las teorías físicas de los primitivos jonios. Dicho concepto ha venido a ser un postulado tan fundamental dentro de nuestro pensamiento científico, y ha quedado corroborado a tal punto por la experiencia, que ya no lo consideramos una idea filosófica. Lo hemos proyectado de la "materia" a la "energía" y a todas las demás nociones de la realidad física.

Pero ciertamente es una audaz concepción metafísica. Algunos de los contemporáneos de Tales de Mileto todavía podrían decir: "El sol es nuevo cada día".

La deplorable situación que estorba el desarrollo vigoroso de la moderna psicología, es que ésta no puede encarar conceptualmente su tema fundamental y específico: los fenómenos mentales. Sus métodos son exclusivamente la invalidación y la tergiversación de los términos tradicionales y de los supuestos insostenibles que expresan dichos términos. Pero ni la crítica, ni la invalidación, ni la vigilancia ejercida contra los conceptos erróneos pueden dar al estudio de la mente lo que él necesita para desarrollarse como ciencia: una idea sostenible, lo bastante sólida para otorgar significados válidos a términos como "subjetivo", "sentido", "consciente", "mental", y, por supuesto, a su tema central: la mente. Los conceptos básicos de la moderna psicología no son ni suficientemente abstractos ni susceptibles de la depurada elaboración que requiere una verdadera ciencia natural. "Conducta", "estímulo" y "respuesta", son nociones prácticas de laboratorio, generalizadas y extendidas con la esperanza de poder aplicarlas a todo el campo de los fenómenos síquicos; pero fuera del contexto en que se originaron -la experimentación con animales-, declina rápidamente su utilidad. Un vocablo que designa una gran variedad de fenómenos no puede emplearse para significar sus diferencias y, menos aún, para explicarlas. Las abstracciones no designan fenómenos, sino que los describen. No existe objeto o acontecimiento alguno que se denomine "gravedad", pero fenómenos como el fluir del agua pendiente abajo, la posición relativa de las estrellas entre sí, la atracción de la aguja imantada por el polo magnético, son acontecimientos o condiciones que pueden describirse empleando el concepto de gravedad. Existen fenómenos como los estímulos y las respuestas; pues bien, aislarlos y darles nombre, incluso aparecer algunos muy simples, es una especie de taxonomía: no suministra principio alguno de análisis o interpretación, ni tampoco algún término que describa las relaciones existentes entre los fenómenos observados.

La psicología -no tan joven ya como suelen creer sus apologistas- no

crece aceleradamente junto con otras ciencias nuevas, como la biología, por ejemplo, a causa de que su estructura conceptual es demasiado endeble y no permite que se erijan sobre ella macizas edificaciones de audaces hipótesis especulativas. El psicólogo no tiene libertad para valerse de su imaginación científica, pues las fronteras de su campo de estudio se hallan cuidadosamente delimitadas y obstruidas por constantes advertencias contra las trampas y las acechanzas de los falsos "ismos". Esas fronteras han de ensancharse antes de que pueda construirse el edificio de una ciencia que exigirá un gran espacio.

Se han hecho diversas tentativas para volver a definir las palabras "mente" y "mental" de manera adecuada y científicamente segura. Hábiles pensadores como Bertrand Russell y Gilbert Ryle han acometido esa empresa (5), pero por alguna razón los resultados no han promovido o facilitado en modo alguno la investigación, ni sugerido tampoco ningún nuevo enfoque de los problemas fundamentales. Esa razón, presumo yo, es que tanto Russell como Ryle sostienen, junto con los positivistas y la mayor parte de los conductistas, que habría que dejar de lado los temas metafísicos. La convicción general de dichas escuelas es que las ideas metafísicas no son pertinentes dentro del ámbito de la ciencia, ya que se aplican al universo considerado como un todo, acerca del cual no puede saberse en realidad absolutamente nada. En mi opinión, sin embargo, todo estudio científico, proseguido a fondo, se encamina hacia proposiciones implícitamente metafísicas, que no tienen necesariamente que referirse al universo en su totalidad, sino a la naturaleza de los seres que se hallan en él. Whitehead definió la metafísica como "los enunciados más generales que podemos formular acerca de la realidad". Pero los formulemos explícitamente o no, el contenido de tales enunciados se halla implícito en asertos menos generales, ya que ellos encarnan a nuestros conceptos básicos. Y si no convienen a todos los aspectos de la realidad a la cual nos referimos, suscitamos problemas insolubles, como acaece en el accidentado campo de la teoría psicológica.

La timidez intelectual que inhibe nuestro pensamiento especulativo en el ámbito de la psicología emana de un problema filosófico -o

metafísico, si así se prefiere- no resuelto. Es un concepto erróneo de base. Y la manera de eliminar esa pesadilla no es encararla furtivamente con mirada recelosa, sino hacerlo decidida y valientemente. Por lo demás, dudo que para nuestra ciencia de la mente sea imprescindible una nueva definición de su objeto, ya que nunca se necesitó una definición perfectamente satisfactoria de "materia" para que se creara la física. Una definición del tema central -en psicología, la "mente"- es el designio último de toda teoría científica; y en el mejor de los casos, cabe esperar que surja cuando la teoría alcance una gran pujanza especulativa y un alto grado de aplicabilidad. Al principio lo que se necesita es una adecuada definición de los conceptos operativos con que haya de manejarse nuestro conocimiento de "materia", "mente", "vida" o cualquiera que pueda ser el ámbito total de la indagación.

Como lo hice notar al comienzo, el gran espantajo de la psicología lo constituye el hecho de que casi todos los seres vivos -los animales superiores, sin lugar a duda- poseen sensibilidad mental y que es ella lo que en realidad los distingue de las estructuras inanimadas -por evolucionadas que sean-, y hasta de las que son animadas como las plantas, pero que probablemente no sienten las influencias que determinan y regulan su vida o sus propias respuestas. El tema de la psicología quedó originalmente circunscrito por esa diferencia específica; pero una dificultad insuperable que constriñe a una ciencia a eludir su verdadero tema porque no puede manipularlo científicamente, indica que existe un error fundamental en sus cimientos, un equivocado supuesto metafísico tácito.

Ese supuesto erróneo que nos conduce a estériles teorías acerca de la mente, es la noción de sentimiento concebido como entidad separada, ontológicamente distinta de las entidades físicas y constitutivo, por tanto, de un orden diferente o de un "reino" aparte. Empleo del vocablo "sentimiento", no en la acepción arbitrariamente limitada de "agrado o desagrado" a que con frecuencia lo han confinado los psicólogos, sino para designar, por el contrario, en la acepción más amplia posible, todo cuanto pueda sentirse. En esta acepción incluye tanto la sensación como la emoción: las respuestas sentidas de

nuestros órganos sensoriales al medio ambiente; las de nuestros mecanismos propioceptivos a los cambios internos, y las del organismo total a su situación total, es decir las llamadas "sensaciones emotivas". Sentimos calor, pinchazos, dolor, esfuerzos, distensión. La visión es la manera como el aparato óptico siente la incidencia de la luz; la audición, la manera como el auditivo siente las ondas sonoras. Sentimos debilidad corporal o una elevada tonicidad. Sentimos expectativa, frustración, anhelo, temor, satisfacción. Todas estas maneras de sentir siguen pautas características. Un estudio más a fondo de dichas pautas muestra que hay una notable similitud entre ellas y las pautas de crecimiento, movimiento, desarrollo y decrepitud, es decir, las típicas del proceso vital. Esta comprobación sugiere una relación más íntima entre tales procesos y el fenómeno de la sensibilidad mental que lo que sugeriría el tratamiento tradicional de esta como conjunto de "datos" categoricamente separados. La noción misma de "datos" tiende a desintegrar sutilmente lo "dado" en otras tantas entidades; pero una particular travesura idiomática nos permite decir "Me siento de tal y tal modo", o bien "Tengo tal o cual sentimiento", y considerar que ambas expresiones son equivalentes, con lo cual da lugar a la hipóstasis y la fija. De ahí nuestra tendencia a buscar alguna conexión sistemática entre entidades de dos especies incongruentes, la física y la síquica: tejido nervioso y sensación, cerebro y mente.

De cualquier modo, el hecho psicológico es que un organismo siente algo; sentir es una actividad, no un resultado. Es algo que acontece en el organismo, pero no necesariamente un acontecimiento aislado situado por encima de aquellos que observamos gradual e indirectamente, es decir, las acciones del cerebro y sus dependencias.

La hipótesis -no pasa, naturalmente, de serlo- que me ha resultado mucho más fructífera de lo que hubiera podido esperar, es que la sensibilidad mental es una fase estrictamente intraorgánica del proceso vital mismo, es decir, una apariencia presente tan sólo en el interior del organismo en que se desarrolla la actividad. En consecuencia, todo organismo siente las acciones que le son propias si

ellas entran en esta fase y no las de ningún ser vivo. De las miríadas de sucesos que constituyen una vida, muchos no se sienten en absoluto. Es probable que se sientan aquellos cuya intensidad trascienda de cierto umbral. Una intensa actividad fisiológica de esta clase requiere funciones integradas sumamente complejas. Por tanto, ella quizá se limite a las estructuras anatómicas más desarrolladas y complicadas. Tal vez implique siempre algún tejido nervioso, o acaso ocurra en la sustancia orgánica más dotada de energía. Este problema sólo podrá resolverlo la investigación experimental, tanto directa como indirecta. El proceso se siente cuando la actividad de alguna parte del sistema nervioso alcanza un punto crítico. Es éste un fenómeno vital característico, pese a que de ningún modo se produce siempre. La cantidad de acción interior, e incluso de "conducta", que puede desarrollarse por debajo del umbral de la sensibilidad suele ser sorprendente. Un proceso sentido se siente en el órgano dentro del cual ocurre. Podría decirse que el proceso ha entrado en la **fase síquica** (6).

Posibilidades nuevas de análisis e indagación de toda índole se abren a los esfuerzos especulativos y hasta experimentales cuando se considera el sentimiento como parte o porción de la acción vital en vez de considerárselo como un producto "no material" de dicha acción o, lo que es todavía más nocivo para la ciencia, como un "correlativo epifenoménico" de los procesos físicos (7). Entre otras ventajas, esta hipótesis resuelve el problema planteado por el gran neurólogo Wilder Penfield -para él insoluble- cuando afirmó: "Es evidente que el impulso nervioso se convierte de alguna manera en pensamiento, y que el pensamiento puede convertirse en impulso nervioso. Y sin embargo, todo ello no proyecta ninguna luz sobre la naturaleza de esa extraña conversión" (8). Si en vez de decir "se convierte en pensamiento", decimos "se siente como pensamiento", la investigación de la función mental se desvía del inescrutable reino de la transustanciación al de los procesos fisiológicos, donde tropezamos con problemas arduos en grado y complejidad, pero no insolubles.

La expresión "se siente como pensamiento", por la que he sustituido aquí la de "se convierte en pensamiento", plantea otro problema: el

del poder de un nuevo concepto para eslabonar los hallazgos de un campo general de investigación. El "sentimiento", en la amplia acepción con que aquí empleamos esa palabra, parece ser el fundamento genérico de toda experiencia mental: sensación, emoción, imaginación, recuerdo y razonamiento, para no citar más que las principales categorías. **La experiencia sentida** se elabora en el curso de un elevado proceso orgánico, se intelectualiza en la medida en que las funciones cerebrales se desenvuelven a nivel cortical, y se socializa con la evolución del habla y el desarrollo de sus funciones de comunicación (9). Por lo demás, los mecanismos de la actividad sentida son sutiles formas de ritmos, respuestas e interacción vital no sentidas. Una psicología orientada por este concepto del sentimiento se desliza suavemente hacia abajo y acaba en fisiología, sin el peligro de verse reducida a ella y perder por tanto su identidad. Aun en el supuesto de que finalmente aparezca como una rama de la fisiología, el área de su ramificación quizá continúe siendo claramente visible, aunque sin una tajante línea divisoria (en la naturaleza hay muy pocas líneas así): es el área donde los procesos vitales -posiblemente nerviosos- empiezan a presentar fases síquicas, esto es, a sentirse. Tal vez no siempre seamos capaces de discernir cuáles son las actividades que se sienten. En lo que atañe a los seres vivos que no se expresan por medio de la palabra, dicho discernimiento se apoya en no pocos fundamentos especulativos, no sólo en analogías entre el comportamiento humano y el animal, sino, sobre todo, en continuidades filogenéticas y en homologías estructurales.

Como todos sabemos, el sentimiento se ha dividido, casi desde el comienzo, en dos categorías generales que pueden denominarse sensibilidad y emotividad. En torno al problema planteado por esta división se han realizado trabajos muy interesantes, debidos principalmente a los psicólogos que propugnan un **Gemeingefühl** original no diferenciado, en el cual, no obstante, la sensación y la respuesta emotiva no son discernibles (10). La diferenciación entre esos dos órdenes quizá se remonte hacia atrás como ninguna otra, como suele ocurrir con la diferencia entre la acción neural en la periferia del organismo y en las estructuras cerebroespinales. La periferia, que recoge las impresiones del mundo circundante y al mismo tiempo se resiste a él,

organizada de manera que pueda hacer frente a constantes situaciones anómalas; su inervación se caracteriza por sus respuestas rápidas y selectivas a estímulos que provocan reacciones no preparadas. Las respuestas centrales son más lentas y un tanto masivas; todo el organismo se prepara y entra en acción con fuerza acumulada, rápida o lenta. Esta diferencia se mantiene incluso en el nivel síquico de las acciones respectivas: los estímulos exteriores se sienten como choques, como acontecimientos no previstos con los cuales el organismo suele tropezar en su marcha, pero contra los cuales, si son violentos, también puede aprestarse defensivamente, como encara el estrépito, la luz excesiva o los contactos dañinos. Las actividades que surgen como sentimientos dentro del sistema nervioso central son por lo común, menos súbitas y no dejan entrever ningún punto definido de origen; se sienten como acciones autogenéticas, no como choques. Podría decirse, en una palabra, que las excitaciones nerviosas que provienen normalmente, aunque no siempre, de la periferia, **se sienten como choques**, y las que provienen del centro, **se sienten como acción**.

Esta distinción es de gran importancia psicológica, sobre todo por sus anormalidades, que a menudo descubren al investigador insospechados e importantes aspectos de la vida mental. Además, da lugar a algunas definiciones de términos muy útiles en el tratamiento de los problemas básicos de individualización, participación, proyección sensorial, funciones expresivas e integración social -o sea de problemas que van desde la etapa más elemental hasta la más avanzada de la investigación sistemática- sobre todo en lo que atañe a los términos **subjetivo** y **objetivo**. Experimentamos como objetivo todo lo que se siente como choque, y como subjetivo, lo que se siente como acción. El uso de estas definiciones nos induce a admitir muchos fenómenos interesantes, por lo común pasados por alto, como la acción dialéctica recíproca entre los elementos subjetivos y objetivos de la experiencia humana, la habilidad de esos mismos caracteres, los puntos de su desaparición y quizás hasta de su reversión. Nos sentimos impulsados al estudio de los problemas de la objetivación, fundamentales en la psicología del arte y en todo lo relativo a la conducta simbólica.

Con todo, la mayor ventaja que se obtiene de la idea del sentimiento como una fase del proceso vital en sí, y no como producto o como "correlativo síquico" de él, es que lleva implícita la solución de los debatidos problemas de la "conciencia" y "lo inconsciente". Hay **actos conscientes** que pueden definirse amplia o estrictamente según el contexto dentro del cual se emplee la palabra, y existe algo que se denomina **conciencia**, modo o grado general de sentimiento que caracteriza la totalidad de las actividades mentales de un ser viviente en un momento dado y que varía en condiciones que afectan simultáneamente a todos los actos en la fase síquica, como lo hacen, por ejemplo, las bebidas alcohólicas, los estupefacientes y otros productos químicos. Por consiguiente, bien podemos hablar de "alteraciones de la conciencia". Pero no hay ningún "dominio" o "sistema" de conciencia que contenga "ideas" en el sentido propuesto por Locke y sus prosélitos, ni ningún "contenido de la conciencia" u "objetos de la conciencia". Estas falaces metáforas se han acomodado tan íntimamente a nuestro lenguaje profesional, que parecen inocentes, y ocurre que autores que rechazan explícitamente la noción de "conciencia" como un receptáculo o como cualquier clase de entidad, vuelven a incurrir en el mismo discurso en las arcaicas formas de pensamiento que acaban ellos mismos de repudiar. Mientras ningún concepto, como alternativa posible, haya ocupado realmente el lugar de esas hipóstasis descartadas, continuarán ellas atenuando nuestra imaginación y habrá que rechazarlas una y otra vez. La mejor garantía de que una formulación conceptual es correcta es que suprime súbitamente lo que parece ser una pura tentación literaria; el sempiterno prurito de emplear metáforas y frases de cajón que encarnan teorías obsoletas (11).

En cuanto a "lo inconsciente", simplemente no es necesario, toda vez que consideramos el sentimiento como fase de unos procesos que en la mayor parte de sus etapas no se sienten. La concepción de "ideas" almacenadas en "la inconsciencia" es un legado de teorías anteriores acerca de la mente. De acuerdo con el criterio que aquí propugnamos, una buena parte de la cerebración se produce por debajo del umbral del sentimiento y muchas actividades se desenvuelven a través de él, de suerte que, breve y escasamente, aunque tal vez de manera reite-

rada, asoman por encima de él. No obstante, interactúan con otras que poseen un marcado y especializado carácter síquico, y su influencia se refleja en los procesos conscientes. Los procesos que no se sienten en absoluto abarcan la mayor parte de la acción para la cual propugnaba Freud un mecanismo especial: "el sistema inconsciente". Probablemente no constituyen un sistema, pero son parte y fracción de las amplias funciones que en esencia pertenecen al sistema nervioso central, cuya actividad más importante se despliega en el cerebro.

Las especializaciones de la sensibilidad, al igual que otros tantos sentidos especiales, se han estudiado amplia y atinadamente. Mucho menos lo han sido las articulaciones de lo que a manera de distinción podría denominarse "emotividad" dentro de los procesos especializados, como la formación de imágenes (a influjo de impresiones sensoriales), la subjetivación y toda la gama de las emociones, la objetivación y la proyección simbólica y, con el advenimiento de las funciones de creación y utilización de símbolos -al parecer, no por debajo del nivel humano-, los altamente articulados procesos del pensamiento discursivo. Tan pronto como audaz y decididamente se aventura uno siquiera un poco en semejante territorio, se plantean escalonados unos tras otros problemas y más problemas que invitan a la investigación y conducen en todas direcciones. Pero hay entre ellos jerarquías y, ciertamente, diferentes grados de subordinación. A veces el estudio neurológico o el psiquiátrico suministran métodos indirectos, o los sugieren teorías desarrolladas en campos tan disímiles como la química, la ingeniería y el no menos importante de la filosofía del arte y del lenguaje.

Todas las investigaciones de los fenómenos mentales son arduas, si se las realiza con amplitud y seriedad. No hay razón para que las estructuras más complejas, sensibles y versátiles de la naturaleza -los organismos controlados por sistemas nerviosos evolucionados- hayan de ser más fáciles de comprender que las estructuras que estudia el físico, o para que el psicólogo haya de conformarse con registrar y coordinar burdas observaciones generales y exponer como "leyes" los ordenamientos más evidentes. la firme y progresiva compleji

dad de los problemas, así como su dificultad en el plano especulativo, son indicios saludables de que una verdadera ciencia está en vías de formación. No bien podamos concebir la continuidad entre la sensibilidad física y la impresión sentida, entre la acción física y la acción mental, contaremos con todos los datos biológicos y sus consecuencias, para edificar sobre ellos. Podremos rastrear la raíz del sentimiento tan lejos en los antecedentes filogenéticos como lo desee nuestra inventiva, sin miedo a que la explicación fisiológica excesiva nos convierta en "meros fisiólogos" en vez de sicólogos (como no teme el fisiólogo que sus explicaciones químicas cada vez más abundantes lo conviertan en un "mero químico").

Los problemas psicológicos auténticos se extienden y entrelazan unos con otros tan vigorosamente como una interpretación de la vida mental, clara desde el punto de vista conceptual, hunde sus raíces en un conocimiento más general de la vida como tal. ¿Qué clase de proceso constituye la formación de imágenes? ¿Cómo y hasta qué punto está envuelto en él el aparato visual, desde los ojos hasta la radiación visual de mayor alcance, probablemente más allá de la zona estriada? ¿Es él el mecanismo esencial de la fantasía o no pasa de ser un factor cooperante? ¿Es probable que se produzca en cerebros animales? ¿Qué pruebas podríamos obtener de ello? ¿Resultados electroencefalográficos similares (12), o bien, en los animales, signos conductuales confiables de la alucinación en los estados tóxicos o febriles, análogos a las condiciones que conocemos experimentalmente? La puerta se abre de par en par a los métodos de investigación originales. Además, dondequiera que las imágenes se producen por primera vez en la escala evolutiva (vacilamos en atribuirle a los reptiles o a los peces), ¿qué evoluciones o tensiones cerebrales determinan? Tienen los mismos designios que en los cerebros humanos? ¿Cuáles son sus conexiones con las emociones y con la progresiva intelectualización de los actos mentales?

Las respuestas a preguntas de esta índole suelen ser tortuosas y rara vez se dan por separado. A medida que se va desarrollando una teoría, va creando problemas que sólo se pueden encarar más adelante dentro del contexto del momento, y a la luz de principios previamen-

te establecidos. Pero el concepto de sentimiento que proponemos se presta a una explicación bastante exacta de términos que de ordinario se emplean en forma imprecisa o se esquivan a causa de su vaguedad, pero que el pensamiento riguroso podría y debería aprovechar: términos como "mental", "sicosomático", "voluntario", "posible", o como "proyección", "tendencia", "designio". otros conceptos fundamentales, imprescindibles para la comprensión de los fenómenos síquicos, se sitúan más lejos todavía, en los cimientos de la biología, si bien sólo se los necesita cuando entran a considerarse las funciones de los niveles superiores denominadas "sicológicas"; entonces es preciso explicar conceptos elementales como "acto", "dialéctica" y "ritmo". Gracias a las exigencias de la sicología, hasta la biología misma tal vez se sienta llevada a realizar ciertos progresos teóricos, del mismo modo que la física creció al tener que resolver los problemas que planteaba la química cuando las diferencias existentes entre los "elementos" químicos se atribuyen hipotéticamente a la estructura del átomo.

Es imposible, dentro de los estrechos límites de un solo artículo, ilustrar con ejemplos la estructuración de ideas filosóficas que realmente promete culminar en un concepto irreprochable de mente. Pero la obra está en marcha. La mejor indicación de esa promesa la constituye el hecho de que cada interpretación teórica nueva atribuye importancia a trabajos que ya se han realizado, a veces mucho tiempo antes: minuciosos trabajos dispersos en obras de carácter médico, psicológico, filosófico y de otras índoles; estudios referentes al instinto, las mutaciones evolutivas, los "reflejos condicionados", la percepción, el aprendizaje y la adaptación de los animales; estudios químicos y fisiológicos sobre la actividad endócrina y medicamentosa, sobre crecimiento inducido, efectos emocionales (la emoción "simulada") y alteraciones de conciencia de los seres humanos. Hay abundancia de materiales clínicos sobre perturbaciones motoras producidas por causas manifiestamente cerebrales y sicosomáticas y, en particular, sobre aberraciones mentales, como la amnesia, la incapacidad de calcular y las agnosias de todo género. Estos datos proyectan haces separados de luz sobre funciones generalmente muy integradas de la mentalidad humana, cuyos orígenes permanecen en

la sombra, a menos que la mentalidad que se desintegre revele elementos insospechados. La adaptabilidad y la correlación de todas las partes del sistema nervioso central son increíbles. Hasta los sentidos especiales, que tan ampliamente has estudiado los sicólogos -casi exhaustivamente desde el punto de vista de su obvia utilización como guías del organismo en sus tratos con el mundo exterior-, han exhibido una capacidad distinta en los recientes experimentos ampliamente divulgados sobre pérdidas sensoriales: el constante estímulo sensorial a que nos vemos sometidos, aunque no nos transmita ninguna información nueva, nos sirve para ser objetivos durante las horas de vigilia, hasta el punto de no permitir que el cerebro nos alucine fácilmente como en el sueño.

El cerebro, con todas sus ramificaciones, es el órgano de la mentalidad animal. Desde luego, es un desarrollo trascendental de ese órgano el que eleva la mentalidad humana a la condición designada con propiedad como "mente". El momento decisivo de esa evolución fue probablemente el comienzo de la actividad simbólica. Aunque sólo podamos aventurar conjeturas acerca de las causas y la historia natural de esa función, es posible y también provechoso hacerlo. La hipótesis que surge del punto de vista biológico aquí adoptado tiene algunos de los signos de la teoría fecunda, observables en el hecho de que presenta la "mente" como un fenómeno natural y en el de que encara, en vez de soslayarlo o de restarle importancia, el más misterioso de los problemas psicológicos: la enorme diferencia existente entre el hombre y los demás seres vivientes. Además, y en forma totalmente incidental, explica por qué la mente parece ser una entidad tan separada y un agente tan independiente, que universalmente se la ha considerado a la manera de un homúnculo, de "un hombre interior" que residiera dentro del cuerpo, dándole vida y movimiento y abandonándolo en el instante de la muerte.

El fundamento de estos supuestos constituye el material para un extenso libro y no podemos exponerlo aquí, y menos aún analizarlo. Pero quizás pueda darse una indicación de lo que hace que un acto sea "mental" y de cómo se supone que a la mentalidad animal haya sucedido la forma más elevada, característica del hombre, que designa-

mos "mente".

El sistema nervioso central parece formarse en los metazoarios a la manera como las distintas especies desarrollan los "receptores de distancia" del olfato y la vista, y en un nivel superior, el oído. Esencialmente, es un mecanismo que rige las actividades del animal mediante indicaciones más especializadas y sintéticas que las condiciones generales que atraen y repelen a los seres muy rudimentarios. Su forma más simple es un sistema de nervios aferentes y eferentes complementarios, que recogen impresiones sensoriales y transmiten los impulsos correspondientes a los músculos y demás órganos -glándulas, pulmones, etc.- a fin de que ellos realicen la acción pertinente.

Aquí se impone por lo menos un comentario, ya que no el capítulo entero que en realidad demandaría la definición y justificación del concepto de "acción" y sus especializaciones: "actividad" y "acto". Una breve exposición sobre el significado de "acto" nos orientará en el presente estudio. Un acto es un acontecimiento especial que siempre se da en un organismo (13). Se caracteriza por incluir un complejo de tensiones, locales o atinentes a todo el organismo, pero siempre, al parecer, con un centro de excitación. Ese complejo total surge como un proceso único y concluye como tal; y el acto se consuma. Las posibles maneras de originarse y concluir un acto varían hasta el infinito. Algunos presentan fases físicas; la gran mayoría de ellos se producen sin que se los sienta.

La actividad más crítica del sistema nervioso central animal se sitúa entre los conductores aferentes y eferentes, donde termina el acto de percepción y comienza, como réplica, el acto motor. En el llamado "arco reflejo", generalmente considerado como prototipo de todo comportamiento animal (14), hay un punto de tránsito de la recepción a la reacción. Las estructuras neurales que efectúan dicho cambio son sumamente complejas y propenden a especializarse cada vez más. En los vertebrados tienen por centro la médula espinal y el cerebro, pero en este segundo suelen ser tan elaboradas y tan complicadas a la vez por su integración con otras unidades funcionales,

que los actos pasan a ser ingredientes menores dentro de su actividad.

Actos mentales son aquellos cuyo centro es el cerebro y se sienten, es decir, presentan alguna fase física. Hay muchos actos cerebrales que no son mentales, si bien pueden modificar los actos mentales (15); toda la actividad atribuida a "lo inconsciente" es de esta índole. Además, los actos que no tienen su centro en el cerebro pueden sentirse, por ejemplo, los de los seres que sólo posean inervación difusa. Pero tales organismos pueden sentir los llamados a los cuales responden, y tal vez sus propias excitaciones: no podemos saberlo. Donde hay cerebro anterior, hay actos especializados presumiblemente mentales: conciencia, intención, emoción, suspenso y decisión, deseo, tal vez satisfacción. El enfoque de un objeto percibido, por ejemplo, un obstáculo, o la meta de un salto o de una carrera, es, más que probablemente, un acto mental. Sea como fuere, en los animales por lo general la respuesta total convoca y compromete a todo el cuerpo, o sea que el elemento mental pertenece a un patrón dinámico mayor. Ese acto físico mayor está enteramente guiado por la percepción y la intención. Por encima de todo, el cerebro animal es un órgano cibernético que controla las respuestas del organismo a las oportunidades ofrecidas y los obstáculos opuestos por el medio ambiente.

En el hombre, la sensibilidad nerviosa es tan intensa, que responder con un acto muscular a cada uno de los estímulos de que tiene conocimiento la mantendría en un perpétuo baile de San Vito. Gran número de actos iniciados en el cerebro humano en virtud de la constante percepción discriminatoria del hombre -vistas, sonidos, informes propioceptivos, etc.-, carecen absolutamente de fase patente, pero concluyen en el cerebro. Su conclusión es la formación de una imagen, la activación de otros conjuntos de células que se manifiestan mediante un repertorio propio de formación de palabras y acaso también la elaboración completa del proceso que constituye un acto de ideación. Un acto deriva de otro acto. Una gran proporción de acontecimientos cerebrales como éstos se elevan al grado de sentimiento. Por otra parte, se los siente sobre todo como acción, es decir, que

son subjetivos. En la presente etapa de nuestra historia natural, el cerebro humano está al parecer constantemente pensando, recordando, registrando o soñando. En el estado de vigilia, dichos actos se presentan casi siempre juntos o en sucesión caleidoscópica (al dormir, el sueño parece imponerse). El resultado de esa exaltada, y en gran parte, autoperpetuadora actividad, es que sentimos continuamente nuestra actividad interior como un tejido subjetivo contra el cual chocan los acontecimientos sentidos objetivamente como percepciones, y desde el cual nuestros actos subjetivos más sostenidos y completo -como el pensamiento concertado o las distintas emociones- se detacan como formas articuladas. Ese continuo síquico contituye nuestra conciencia; cuando se interrumpe, como en ciertos estados patológicos, no hay evidencia objetiva que logre convencer al paciente de que su mano o su pie, y hasta la mitas de su cuerpo, subjetivamente "perdidos", le pertenezcan (16).

La consumación de actos iniciados central o periféricamente en el cerebro repercute en otros acontecimientos cerebrales. Y bien pudo haber sido una intolerable acumulación de impulsos lo que condujo por fin al paso evolutivo más trascendental de nuestro pasado filogenético: la aparición de una identificación simbólica y espontánea de perceptos, recuerdos e imágenes libres o ficciones que se eslabonaban entre sí y crecían dentro de una acuciadora tendencia característica. Merced a qué acontecimientos y etapas se pudo desenvolver dicha función es un tema apasionante, aunque acaso no trascienda los límites de una mera hipótesis. Pero aquí no podemos proponerlo. Todo cuanto cabe decir aquí, es que a partir de una relación simbólica primitiva, en la que símbolo y sentido se perciben como idénticos (17), han surgido las formas superiores del pensamiento y de la comunicación simbólica que hacen que la mentalidad del hombre, y sólo ella, sea una mente. A medida que su experiencia subjetiva se intensifica y se integra en un yo, su experiencia objetiva se unifica simbólicamente en el mundo. La interacción de estas dos acciones mentales gobierna su vida, que es, por tanto, en realidad, una "vida mental".

Esta hipótesis, erigida sobre el concepto del sentimiento como característica de los procesos vitales más complejos y vigorosos, presenta la mente como una especialidad humana, un fenómeno funcional resultante del extraordinario desarrollo del sistema nervioso central del hombre. Además, hace lo que cabría esperar de una buena hipótesis, o sea, que brinde algunas explicaciones incidentales hacia las cuales no se la había encaminado expresamente. Una de ellas es la luz lateral que proyecta sobre la peculiar tendencia de las personas, prácticamente de toda edad y cultura, a considerar la mente como una entidad, como un alma que habita y utiliza el resto del organismo, que, por contraste, es "su" cuerpo. A riesgo de abrumar la paciencia del lector, aduciré un solo y breve ejemplo de esta consecuencia teórica.

El cerebro es un órgano y, como tal, está estructurado dentro de un conjunto viviente mayor, un organismo, que él ayuda a sostener mediante sus funciones específicas. Si se desarrolla más allá de las estrictas necesidades de dicho organismo, introduce una amenaza de individuación separada (otro principio fundamental que aquí ni siquiera hemos mencionado) en el interior del individuo a quien pertenece. Algo análogo ocurre con el cerebro humano. Recibe tantos estímulos -que han de tratarse primordialmente según la modalidad sistemática peculiar a cada uno de ellas-, que la necesidad de concluir cada acto iniciado, característica de los seres vivos, hace que tenga él intereses propios que trasciendan los del organismo: las necesidades de simbolización, expresión, ideación, pensamiento lógico (ordenamiento de las ideas) y, sobre todo, comunicación, que absorbe y rige la caótica actividad emocional engendrada por el pensamiento y la fantasía. Tenemos, pues, una especie de "vida interior", o vida de la mente, que hace que ésta parezca un ente dentro del cuerpo. Y como además controla el organismo en su conjunto, casi ineludiblemente se la juzga como un agente gobernador: el doble, a alma, del hombre total.

Erigir una ciencia requiere más de una idea -por fecunda que ella sea-, y por lo común todo nuevo concepto capital determina que el que lo precedió resulte anticuado. Cuando el estudio de la mente

ocupe realmente el lugar que le corresponde entre las ciencias verdaderas, la noción de sentimiento que he formulado aquí tal vez parezca ingenua, por no decir arcaica. Entretanto, quizá continúe poniéndose al servicio de las urgencias más apremiantes de nuestra época: las de traer los fenómenos mentales al círculo de los hechos naturales a fin de poder acometer y encarar el problema que nos plazca sin temer a sufrir una caída metafísica.

NOTAS

- (1) Abh. d. Königl-preuss. Akad. d. Wissensch. IV (1906), pág. 14.
- (2) Por ejemplo, **Science and Idealism**, 1906.
- (3) Thomas S. Szasz, **Pain and Pleasure. A Study of Bodily Feelings**, New York, 1957.
- (4) Del prefacio de **Skepticism and Animal Faith**, citado por Irwin Edman, **The Philosophy of Georges Santayana**, New York, 1936, pág. 370.
- (5) Bertrand Russell, **The Analysis of Mind**, London-New York, 1921; Gilbert Ryle, **The Concept of Mind**, New York, 1949. Véase también Charles W. Morris, **Six Theories of Mind**, Chicago, 1932.
- (6) Los psicoanalistas emplean el término "síquico" en forma un tanto diferente, en especial C.G. Jung y sus discípulos, quienes significan con él lo que yo más bien denomino "funciones cerebrales", sean sentidas o no. Sin embargo, cualquiera que sea la palabra que se prefiera, siempre estará premodelada por ciertos usos particulares; de modo que lo que aquí se pide al lector es que admita uno de ellos.
- (7) Esta antigua sicología de doble entrada ha dado paso al difundido punto de vista dual que percibe la conexión entre los acontecimientos físicos objetivos y las experiencias subjetivas como una desviación semántica de un "lenguaje lógico" a otro.

- (8) "Some Observations on the Functional Organization of the Human Brain", **Proc. Am. Philos. Soc.**, XCVIII, 1954, 293-97; véase pág. 297.
- (9) Véase el capítulo 2.
- (10) Consúltense, por ejemplo, los numerosos trabajos de Heinz Werner, que versan sobre la interrelación entre los distintos sentidos especiales y la percepción y el movimiento; en particular, **Entwicklungspsychologie**, Leipzig, 1933, y "Motion and Motion Perception: A Study in Vicarious Functioning", **J. Psychol.**, XIX, 1945, págs. 317-327. Consúltense asimismo H. Werner y S. Wapner, "Toward a General Theory of Perception", **Psychol. Rev.** LIX, 1952, págs. 324-338; Hans Hoff, "Beiträge zur Relation der Sehsphäre und des Vestibulapparates", **Ztschr. f. ges. Neurol. u. Psychiat.**, CXXI, 1929, págs. 751-762.
- (11) Esta tendencia está todavía fuertemente arraigada en obras científicas relativas a la evolución y a los aspectos más amplios de la biología en general, a menudo pertenecientes a hábiles pensadores que no suscribían, por cierto, ninguna significación literal de su lenguaje heredado. Los "planes de la naturaleza" y "experimentos de la naturaleza", "sus" actos de selección (los de la naturaleza) y el interés por las especies sobrevivientes, han remplazado al antiguo lenguaje de la sabiduría y el poder de Dios, pero las metáforas familiares continúan siendo las expresiones más expeditivas, prueba de que ellos todavía incurren en desautorizados hábitos de pensamiento en términos teleológicos de providencia y causalidad final. Los científicos quizá consideran ese lenguaje como mero ornamento estilístico, pero al lego se le hace prácticamente imposible abandonar su mítica manera de pensar cuando la literatura científica misma preserva sus formas para él.
- (12) Grey Walter ha descubierto interesantes efectos en el campo de la experimentación humana, donde al individuo le es dado informar acerca de la formación de sus imágenes.
- (13) Este enunciado quizá sea susceptible de modificar dentro de contextos especiales, como la jurisprudencia y al etnología.

- (14) Es una hipótesis razonable, aun cuando, tal vez demasiado prematuramente, se le conceda carácter de hecho conocido. Ontogénicamente parece haberlo precedido funciones más complejas: el "reflejo" rápido resultante de la simplificación con maduración. Véase R. Lorente de Nó, "Vestibulo-ocular Reflex Arc", *Arch. Neurol. and Psychiat.*, XXX, 1933, págs. 245-291.
- (15) Los actos pueden expandirse e incorporar otros actos, o bien articularse dentro de una actividad general y especializarse en carácter y efecto. Las especificaciones necesarias para elaborar la noción teórica de "acto" deben quedar aquí sin explicación.
- (16) Sobre este tema hay mucha literatura, pero está muy dispersa; pueden encontrarse algunos casos y estudios reunidos en Paul Schilder, *The Image and Appearance of the Human Body*, New York, 1950, y en J.M. Nielsen, *Agnosia, Apraxia, Aphasia*, New York, 1946.
- (17) Una parte considerable de las pruebas de dicha fase del pensamiento simbólico es la aportada por E. Cassirer en *The Philosophy of Symbolic Form*, New Haven, Conn., 1953, sobre todo en el segundo volumen, y mucho más sucintamente en *Language and Myth*, New York, 1945. Un tratamiento del tema sorprendentemente convergente y una teoría casi idéntica, desarrollados en forma independiente en la misma época, pueden hallarse en Owen Barfield, *Poetic Diction: A Study in Meaning*, London, 1928. Véase también mi obra *Philosophy in a New Key*, Cambridge, Massachusetts, 1942, capítulos 6 y 7.